

SENTIDO DE LA VIDA



la igualdad de oportunidades y libertad de vocaciones que lo hacen idealmente posible. Y esto implica la necesidad personal de asegurar la libertad política colectiva y el valor social de la sinceridad, sea cual sea la

edad, profesión o situación en que se encuentre el individuo.

Si tuviera que ver de una sola mirada lo único que imprime sello personal a una larga vida de pasiones, agitada por múltiples y variadas experiencias; si estuviera obligado a decir, en pocas palabras sentidas, a dónde conduce la sinceridad, con el paso de la juventud de las pasiones a la madurez de los sentimientos, no dudaría en afirmar que, pese a los aparentes cambios de destino y a la variación de situaciones, la vida de un espíritu inquieto transita, sin darse cuenta cabal, desde la búsqueda de la verdad, a las vivencias de lo verdadero. Y desde las pasiones de conocer, querer, poder y hacer cosas o relaciones realizables en el mundo de la vida, a la pasión de comprender y sentir la vida del mundo.

Antonio GARCÍA TREVIJANO

MIEDO Y PODER



La integración de las conciencias y su sumisión a los intereses del poder en el desmayado mundo actual sigue múltiples vías. A algunas de ellas, como la creación de un mundo ficticio de ilusiones y engañosas imágenes o la manipulación del lenguaje, me he referido en anteriores artículos. Pero aún no había glosado una de las armas más tradicionales y primarias del poder: aquella que asienta la obediencia sobre el miedo. Un recurso actuante tanto en el mundo de la política como en la «microfísica» del poder —recordando el término de Foucault— y evidentemente dotado de una larga historia, que hunde sus raíces primarias en la competición biológica, en la lucha por la supervivencia y la reproducción.

Podría ingenuamente pensarse que, por su mismo carácter primario, semejante instrumento ha quedado relegado en la mecánica integradora de la sociedad actual, capaz de más sutiles recursos, como los que hemos examinado. Nada más erróneo. Si examinamos la evolución de las décadas posteriores a la última guerra mundial, podemos comprobar un muy interesante fenómeno: al ciudadano satisfecho por el consumo ha ido sustituyendo el ciudadano solicitante de protección desde

una cultivada situación de temor. Se proclama, insidiosamente, la crisis del «Estado de Bienestar» y, llenando su vacío, asciende la figura del que podemos designar con el nombre de «Estado Guardián».

No es que entre ambas fórmulas exista oposición absoluta. Como señalaba Marcuse, el «Welfare State» es solidario del «Warfare State», el «Estado de Bienestar» encuentra su complemento en el «Estado de Guerra» y —añadamos— dicho Estado de Guerra encuentra su base en el «Estado de Amenaza», en el temor de los ciudadanos.

Galbraith en su lúcido libro «La mayoría satisfecha» explica cómo la ciudadanía en Estados Unidos reacciona hostilmente a cualquier aumento de impuestos destinado a gastos sociales, lo acepta, en cambio, si se refiere a los presupuestos militares o a las quiebras de los sistemas bancarios. Aquello que asegura la tranquilidad económica y física del buen burgués instalado. Pero, para ello, y para incrementar su sacrificio conviene que no se sienta demasiado seguro, que en su horizonte aparezca la imagen del peligro. Según afirmaba, durante la época de la «guerra fría», un alto responsable de la Defensa americana, Richard Perle «cada vez que reducimos la imagen de la tensión con la Unión Soviética se hace más difícil exigir sacrificios económicos a los ciudadanos».

Y, hoy día, vemos como la OTAN se ha erigido en el máximo poder mundial, despreciando a las Naciones Unidas y ampliando su territorio de intervención. Se acaba de inaugurar el Cuartel General de tal organismo en España. El actual presidente de nuestro Gobierno, de un modo verdaderamente ridículo, ha hablado de la «españolización de la OTAN». Más exacto sería hablar de la «otización» —ilegal según el famoso referéndum de España, de nuestra sumisión a los poderes estadounidenses que la dirigen. Todo ello no deja de mostrarse carente de sentido una vez que el fantasma de la amenaza soviética ha desaparecido. Y, así, ha surgido la necesidad de buscar y fabricar nuevos enemigos, el terrorismo libio, Saddam Husein, Milosevic.

Según antes he indicado, la sumisión por el temor, por el terror, por el pánico, es un ancestral recurso que asegura, como subrayaba Bertrand Russell en su libro sobre el poder, la gobernabilidad. Se disciplina a los niños mediante el castigo. También a los adultos con el Código Penal. Y, al mismo tiempo, el detentador del poder se autosatisface viendo temblar a sus sometidos. Pero no siempre hace falta la práctica del castigo, basta con inculcar el miedo. Los temores reales o imaginarios. No sólo la Inquisición, la fantasía del infierno ha reprimido a millones de seres humanos. Y hoy se cultivan morosamente nuevas fantasías terroríficas, desde la invasión de los extraterrestres hasta la pérdida del puesto de trabajo. El terrorismo y la droga abonan la situación. Y la ciudadanía económicamente instalada se aposenta en urbanizaciones cerradas, custodiadas por servicios de seguridad y perros guardianes. Triste imagen de un mundo en que el miedo devora la libertad.

Carlos PARÍS

¡OÍDO BARRA, OÍDO COCINA!

El agente policial francés volvió, por fin, a llamar. Resulta que cuando estaba manteniendo la conversación con Juan Bravo entró su jefe en el despacho y decidió colgar el teléfono «porque si me pilla hablando con J.B. me manda a Nueva Caledonia». El agente no paraba de reírse ante las interpretaciones que nacionalistas vascos y proetarras han hecho de la publicación, en la Prensa española, del documento que PNV, EA y ETA firmaron antes del anuncio del «alto el fuego».

«No se enteran. Se han empecinado en atribuirle al Ministerio del Interior la decisión de la filtración porque están obsesionados con Jaime Mayor. Pero la verdad, por las noticias

que nosotros tenemos aquí, es que el origen de esa decisión está en Francia, a muy alto nivel, y que dicha decisión no es ajena al robo de explosivos que perpetró ETA», comentó.

Al agente, cuando viene a España, le gusta frecuentar las tabernas del Madrid de los Austrias, y, en una de ellas, oyó una concatenación de frases que decían los camareros tras la petición de un cliente que estaba en una mesa: «ración de callos, oído barra, oído cocina». Pues eso, que tomen nota los separatistas vascos, los que se dicen moderados y los de la pistola, que con Francia no se juega. «¡Oído barra, oído cocina!».

Juan BRAVO

